

## El problema de la distinción entre labor y trabajo\*

MIGUEL ALFONSO MARTÍNEZ-ECHEVARRÍA Y ORTEGA

### Introducción: trabajo y conocimiento

Puede decirse que uno de los más importantes debates teóricos desarrollado en el seno del pensamiento económico a lo largo del siglo xx ha sido el largo y difícil proceso de clarificación sobre la verdadera naturaleza del trabajo. Un concepto clave para entender no sólo el sentido de la economía, sino también de la sociedad y de la historia.

La dificultad para aclarar el sentido de trabajo es que se trata de una realidad compleja, que se mueve continuamente en una tensión entre la dinámica cerrada y repetitiva de los procesos naturales, y la peculiar apertura y penetración del conocimiento y la voluntad humanos. Por eso, el examen de la diferencia entre labor y trabajo puede ser muy útil a la hora entender muchos de los problemas que afectan al modo de organizar nuestra sociedad.

### No es lo mismo labor que trabajo

La distinción que se pretende establecer entre labor y trabajo es algo que en principio puede llamar la atención, ya que para mucha gente continua siendo una misma cosa. Por eso, aunque se trata de una innovación creo que no obstante se corresponde con dos dimensiones de la acción humana que, aunque inseparables, son perfectamente distinguibles. La primera hace referencia a la dimensión animal del ser humano, a su integración con el resto de

\* HERRERO, M. (2003): *Sociedad del trabajo y sociedad del conocimiento en la era de la globalización*. Madrid, Pearson-Prentice Hall, pp. 17-24. Prohibida la reproducción de este capítulo sin autorización de la Editorial.

la naturaleza sensible a través de su corporalidad; la segunda hace referencia a su dimensión de racionalidad y libertad, que le abre a lo que está más allá de lo sensible.

La vida animal o biológica se desarrolla mediante un proceso de interacción con su medio, que lleva consigo la alimentación, la defensa y la reproducción. De ese modo, animales y plantas logran lo que necesitan para vivir, una actividad que les exige un consumo de parte de su energía vital, de tal modo que la vida se desarrolla en una cierta circularidad que va del desgaste a la reposición, y viceversa. Una circularidad que se hace más patente en el plano de la especie, donde cada individuo desarrolla a lo largo de su vida una actividad circular de gasto y reposición, que va decayendo hasta que muere y es sustituido por otro individuo idéntico, que sigue repitiendo el mismo ciclo. Pues bien, este proceso de interacción con el medio y orientado al mantenimiento de la vida es lo que entendemos por labor, en su sentido más estricto y genuino. En el caso de los brutos se trata de un proceso circular y cerrado, que se repite incesantemente y siempre del mismo modo.

En el caso del hombre la labor se convierte en un proceso mucho más complejo. Por un lado incluye parte de la circularidad propia de los otros animales y, por otro, una apertura que se manifiesta en diversos planos. Esa diferencia proviene de que su vida no es igual a la de los demás animales. Mientras la vida biológica o puramente animal está perfectamente establecida y se desarrolla mediante un proceso cíclico idéntico para todos los individuos de la especie, la vida humana es algo más que una vida biológica, tiene una apertura que la hace radicalmente diferente. Esa apertura se hace todavía más patente en el plano de la especie, donde la vida humana se manifiesta como un progreso en el modo de desarrollar su labor. Algo que no tiene nada que ver con el cerramiento repetitivo de la labor de las otras especies animales. Por eso, como alguien acertadamente ha dicho, lo propio del hombre no es su especie sino su historia. Es ahí donde la convivencia humana se manifiesta mediante un cambio continuo de las condiciones externas de vida. Mientras para los demás animales es el medio el que impone el desarrollo de las condiciones de vida, en el caso del hombre no hay propiamente medio, sino que va creando sus propias condiciones de vida.

La singularidad de la vida humana reside en una vida animal que ha recibido una capacidad de apertura a lo que está más allá de lo sensible. Algo que le permite superar el cerramiento de la inmediatez del medio. Con la peculiaridad de que no se trata de una capacidad separada de su condición animal, sino que se apoya y se desarrolla a partir de la vida biológica. Sin el cuerpo, vínculo de unión con el resto del universo, el hombre no podría lograr esa apertura. Con este fin su vida animal ha sido «hominizada», es decir, habilitada para servir de apoyo a esa apertura que es propia del conocimiento humano.

A través de su conocimiento el hombre capta la unidad de todas las cosas, es decir, toma conciencia de que vive en un cosmos. Esto, por un lado lo saca de la inmediatez, lo desencaja de su medio, pero por otro, ese mismo estar desencajado es su mayor ventaja, ya que es consecuencia y manifestación de que es dueño de su acción y, por tanto, dominador de su entorno. Mientras los restantes animales están perfectamente encajados en su medio, y llevan adelante su labor sin problemas, el hombre carece de medio, y su relación con el resto de la naturaleza se convierte en algo necesariamente problemático. Carece de un medio que determine su conducta, por eso se ve obligado a diseñar un modo de desarrollar su labor, o lo que es lo mismo, a crear su propio mundo. En ese sentido lo propio del hombre no es medio, sino mundo, el lugar diseñado por el mismo hombre para poder llevar adelante su propia de vida.

Podemos concluir diciendo que, a excepción del hombre, todos los demás animales tienen perfectamente establecida la manera de realizar su labor: permanecen encerrados en su

vida animal, que regula todas sus operaciones y actividades. Por contraste, en el caso del hombre, la labor no está determinada, ni puede realizarse de forma espontánea, sino que tiene que buscar el sentido y el mejor modo de hacerlo. La labor en el caso del hombre es el proceso mediante el cual se relaciona con el resto de la naturaleza, con el fin de vivir el tipo de vida que le es propia. Un proceso que ni es único, ni está definido a priori.

Podemos ahora definir el trabajo como el modo en que el hombre asume la labor en el plano de la vida humana, que es el plano del conocimiento y de la libertad. El trabajo va dando forma a la labor que tiene que realizar el hombre para vivir una vida humana. Cuando un animal mata a otro animal porque necesita alimentarse, ejecuta una operación que no entiende y le domina. Sin embargo, cuando un hombre necesita alimentarse se ve obligado a resolver un problema, es decir a poner en acto su inteligencia y su voluntad. No puede recurrir a una forma predeterminada y automática de llevar a cabo su labor ya que primero necesita dar sentido y orientación a su propia vida.

Por eso, aunque el trabajo supone realizar labor, relacionarse con el resto de la naturaleza, lo suyo propio es dar forma y sentido a la realización de esa labor. A mi entender ese podría ser el significado de la expresión bíblica «ganarás el pan con el sudor de tu frente». Es decir, el trabajo, o descubrimiento del sentido de la vida, surge con ocasión del problema de diseñar la labor. Algo que viene a sugerir que el alimento principal del hombre no es sólo ni primariamente el pan, sino el desarrollo de sus capacidades más elevadas.

Una manifestación clara de la «hominización» de la labor que realiza el hombre es la falta de especialización de su cuerpo. No dispone ni de hocico, ni de garras, ni de pezuñas, etc. Es decir, su cuerpo no está diseñado de acuerdo a un modo determinado de llevar a cabo la labor, a unas condiciones vitales muy rígidas e invariables. Esa aparente falta de adaptación biológica al medio es la señal más manifiesta de que lo propio del hombre es el trabajo, es decir, la necesidad de dar forma y sentido a la labor. En cualquier caso el hombre no deja de ser animal, ni tampoco puede dejar de serlo. Incluso hay algún aspecto de la labor humana, por ejemplo respirar, que no son problemáticas, y que no exigen trabajo.

La esencial dimensión cognitiva del trabajo pone de manifiesto que su sentido último apunta al desarrollo de sus capacidades más altas, las que le revelan su propia dignidad. Los otros animales no trabajan, precisamente porque no pueden modificar ni el sentido ni la forma de realizar su labor. Ningún animal puede mejorar su propia labor. Su posibilidad de aprendizaje, cuando existe, es muy limitada y siempre positiva. En este sentido se puede decir que la labor animal lleva siempre implícita el logro de su perfección. Por eso mismo el hombre no puede mejorar esencialmente su modo de respirar, de ver, o de oír, etc.

Ningún hombre puede reducir toda su actividad a pura labor. No puede vivir una simple vida animal. Para bien o para mal, su vida se constituye a partir del trabajo y tiende a la construcción de su propio mundo, en el que su capacidad de obrar puede mejorar o empeorar. Para lo cual necesita «meter las manos en el barro», darle forma y sentido a la labor a partir de la cual construye su vida.

La expresión «ganarse» la vida es propia del hombre. Resulta totalmente inadecuada para un bruto, cuya vida no necesita ser ganada, sino que le viene dada. Sólo la vida humana implica una «ganancia», que no está tanto en la labor realizada como en la mejora que supone para su vida propiamente humana, la que posibilita su crecimiento personal y el de muchos otros. La expresión bíblica «nació el pájaro para volar, y el hombre para trabajar» revela una parte del misterio del destino del hombre. Mientras volar es una actividad que tiene sentido y perfección por sí misma, como ver o respirar, el trabajo es una actividad que se remite a algo que siempre está más allá.

## Circularidad y apertura del trabajo

La esencia de la labor animal es pura ejecución, se limita a llevar a cabo unas operaciones según unas pautas implícitas en la misma dinámica del proceso vital que se trata de mantener. Por ejemplo, respirar consiste en unos movimientos musculares y nerviosos que se realizan de modo automático. Pero incluso operaciones aparentemente más complejas que el respirar, como puede ser la depredación o el apareamiento, que suponen algún tipo de atención, se ejecutan de acuerdo con principios cuyo diseño y finalidad escapa al control de los brutos.

Desde ese punto de vista, la labor puede describirse como un proceso circular, incesante y repetitivo, que va desde la reposición y el desgaste, para volver a empezar. Por ejemplo, las abejas elaboran siempre los mismos panales y la misma miel, guiándose por los mismos impulsos y principios metabólicos. Si a lo largo de la historia de la especie hubo algún tipo de cambio, no ha sido consecuencia de una decisión consciente de las abejas, sino provocado por mutaciones o cambios accidentales en el entorno.

Por ejemplo, las abejas, que son el símbolo de la labor, durante miles de años han construido las celdillas de sus panales siguiendo un diseño que no pueden alterar ni modificar. Por supuesto que debajo de ese proceso hay un diseño y una finalidad, pero no es accesible al tipo de conocimiento de que disponen las abejas.

El desconocimiento que los animales tienen de la intención y el diseño, hace que su ejecución haya quedado fijada, y que en consecuencia también lo esté su interacción con el medio, de tal modo que los animales gastan y usan unos determinados recursos en una cantidad y ritmo perfectamente establecidos. Dicho con una expresión moderna los animales no se salen de su «nicho ecológico», no contaminan, y son regulados por un principio de mantenimiento global del sistema en el que viven.

En el caso del hombre, la labor se lleva a cabo en el seno del trabajo. Esto supone una intención previa y suficientemente conocida como para llevar adelante la acción, dentro de la cual está el diseño de un plan para lograrlo, que a su vez incluye el modo de ejecución. El hombre no se limita a ejecutar unas operaciones perfectamente definidas y a usar unos recursos determinados por la estructura de su medio vital, sino que su labor en principio incluye todos los recursos que su inteligencia le vaya haciendo ver. Por ejemplo, a la hora de alimentarse, que es un componente esencial de la labor, el hombre se manifiesta como animal omnívoro y gastrónomo. Es decir, puede comer de todo, y de muchos modos. Lo cual es posible porque conoce el sentido de la alimentación y tiene un estómago «hominizado». Incluso cuando lleva a cabo una labor puramente animal, por ejemplo respirar, que realiza sin trabajo, puede no obstante crear condiciones para respirar, por ejemplo, debajo del agua.

Como el aprendizaje que constituye el núcleo esencial del trabajo es abierto e interminable, los artefactos son siempre mejorables. De este modo, el trabajo de cada individuo puede mejorar o empeorar. Así, por ejemplo, un cocinero no realiza siempre los mismos guisos, ni de la misma manera. Ni siquiera puede repetir exactamente lo que hizo en otro momento. Un plato que salió muy bien una vez, puede no salir tan bien unos días después. Por contraste, las abejas, que no trabajan, se limitan a ejecutar de acuerdo con una plan cerrado el mismo tipo de celdillas, siempre del mismo modo, sin jamás equivocarse ni en el tamaño ni en la calidad. Sin embargo, cuando un artesano trata de hacer lo mismo, las celdillas que fabrica no le salen iguales, no sólo a las que hacen las abejas, sino a las que hace él mismo. A no ser que las haga con una máquina, que como luego veremos, tampoco trabaja. Todo esto prueba que en el caso del trabajo la ejecución es inseparable del diseño y de la intención.

En otras palabras, que el hombre cuando trabaja nunca se limita a ejecutar, a realizar labor pura, sino que necesariamente está abierto al diseño y la intención.

Por paradójico que pueda parecer, el hecho de que el hombre pueda distraerse y equivocarse a la hora de ejecutar, es la manifestación más clara del dominio del hombre sobre los procesos naturales. Es más, cuando el hombre decide equivocarse voluntariamente es prueba de que ha alcanzado un excepcional dominio sobre el trabajo que realiza.

El trabajo, por estar unido al logro de la vida humana, y al no tener ésta un sentido determinado por el medio, realiza su labor haciendo uso de todo tipo de procesos naturales. Mientras los otros animales sólo generan su vida biológica, el hombre genera además virtudes y artefactos que son parte constitutiva de una verdadera vida humana. Por eso, mientras se puede establecer con bastante exactitud la cantidad de labor que necesita un determinado animal, en el caso del hombre eso no tiene mucho sentido. El hombre puede consumir más o menos recursos naturales en función de cuál sea su situación cultural, social, e histórica. Un ciudadano de Nueva York, por ejemplo, no gasta hoy día la misma cantidad de electricidad que un campesino del Senegal, ni requiere la misma cantidad de papel, etc.

Un último aspecto que nos interesa destacar del trabajo es su apertura a la dimensión histórica o temporal. Mientras la labor, como el fuego, es lo efímero, lo que se consume al mismo ritmo que se produce, en una repetición incesante e inhumana, lo esencial del trabajo es que por su propia naturaleza admite perfección y mejora.

Como hemos dicho, el trabajo se lleva adelante solucionando problemas. De ese modo se desarrollan conocimientos y actitudes que, al mismo tiempo que solucionan esos problemas plantean otros nuevos, de forma que la vida humana no cesa de apuntar a un más allá. Desde este aspecto de la dimensión externa del trabajo el mundo propio del hombre siempre es mejorable, y ninguno de los existentes en cada momento es el mejor de los posibles. Si el trabajo llevara a un único y preestablecido resultado externo, a un mundo que una vez alcanzado ya no admitiese mejora ni cambio, en realidad no sería trabajo, sino labor, ya que la conducta del hombre vendría condicionada por el logro de ese orden externo óptimo, y el hombre quedaría, como los demás animales, encerrado en su propio y definitivo medio.

Aunque pueda parecer paradójica, esa apertura de la dimensión externa del trabajo a la dimensión histórica se realiza mediante esa especie de congelación o solidificación del conocimiento que de algún modo está presente en la máquina o instrumento. En toda máquina confluyen una intención, un diseño y una ejecución, que de algún modo permanece más allá del hombre que la construyó. Encierra un modo de trabajar, unos conocimientos, que se transmiten a todo el que es enseñado a manejarla. Está por debajo de la labor, en cuanto no tiene vida, y está por encima de la labor en cuanto es permanente. El descubrimiento de la máquina que se movía sin labor, sin fuerza animal, hizo ver al hombre que el concepto de labor sólo le era aplicable de modo figurado, ya que lo propio suyo es el trabajo, en el que se incluye la labor o plano de la vida animal, pero también el plano de las máquinas y artefactos que forman parte y expresión de su vida.

## Las dimensiones de la apertura del trabajo

Por su propia naturaleza el trabajo es abierto y relacional, aún cuando se realice en aparente soledad. Esa apertura tiene varias manifestaciones. La primera de ellas se refiere a la generación de artefactos. Es cierto que también los otros animales generan instrumentos,

como por ejemplo colmenas, hormigueros, redes, etc., que en algunos casos permanecen más allá de la vida de los individuos que los construyeron. Pero no pueden llamarse artefactos porque no son mejorables. Lo propio del artefacto es que no sólo es mejorable, sino que está siempre en evolución y cambio.

El artefacto remite a un conocimiento que permite llevar adelante un tipo de trabajo. De tal modo que viene a ser conocimiento materializado, o símbolo de un determinado trabajo. Razón por la que los instrumentos se han tomado como emblema de gremios y profesiones.

Los artefactos se refieren unos a otros constituyendo un plexo de relaciones. La silla hace relación a la mesa, y ésta al suelo y las paredes de la casa, etc., etc. En este sentido, los artefactos, la dimensión externa del trabajo, constituyen un lenguaje, un medio de expresión de las relaciones que mantienen los hombres entre sí en cada momento.

La casa, los alimentos, los vestidos, los caminos, las armas, etc., son la manifestación externa del trabajo de la vida humana, el lugar en el que cada hombre desarrolla y da forma a su propia e irrepetible vida. A través de los artefactos, los hombres comparten proyectos y conocimientos, no sólo con sus coetáneos, sino con los de las generaciones anteriores y posteriores.

Esta manifestación externa del trabajo es abierta, de tal modo que su configuración actual, el modo de articularse los artefactos, es contingente: podía haber sido de muchas otras maneras. Es resultado de una determinada historia, que podía haberse escrito de otra manera. Son las intenciones humanas, las virtudes y sus defectos, las creencias y saberes, las condiciones físicas de los lugares en los que se ha vivido, etc. etc., los que configuran el mundo de los artefactos. Aunque ciertamente el mundo de los artefactos, resultado del camino recorrido hasta ahora, constituye un condicionamiento del momento presente, en absoluto pierde el hombre el dominio sobre su trabajo.

Aunque la ciencia y la técnica son un tipo de conocimiento que por sí mismo sólo admite progreso, no se puede asegurar que el camino avanzado sea el único posible, ni mucho menos que sea el óptimo. Si se pasa al plano de los artefactos realmente construidos, entonces se hace patente la decisiva influencia de los conocimientos morales y políticos. De la concepción que el hombre tenía de sí mismo. No es lo mismo el mundo de los artefactos de una sociedad en la que unos pocos viven dedicados al placer y al lujo, mientras el resto de la población está sometida a la esclavitud, que el que corresponde a una sociedad preocupada por contar con todos para llevar adelante una tarea de mutua mejora moral y material. Podemos decir que el resultado externo del trabajo no es algo neutral, generado por una dinámica que se sitúa más allá de los hombres, sino que en gran parte es resultado de lo que el hombre piensa que debe ser el sentido de su vida.

Esa apertura del aspecto externo del trabajo, del mundo de los artefactos, hace posible que efectivamente el trabajo sea llevado adelante por todos los hombres en una unidad que supera el tiempo y el espacio. Pone de manifiesto que el dominio de la naturaleza no puede ser de unos pocos, sino de todos los hombres. Esta dimensión del trabajo hace patente que la propiedad efectiva (dominio) de todos los bienes, corresponde a todos los hombres. Algo que tiene su reverso en el hecho de que todos los hombres están destinados a ser señores, a contribuir al logro efectivo de ese dominio. En este sentido, el trabajo está esencialmente abierto a la aportación de todos los hombres.

Sería absurdo tomar la eficiencia como criterio para ordenar el entramado de artefactos y de ese modo gobernar el sentido del trabajo y de la vida humana. Aunque el progreso de los artefactos es unidireccional, como corresponde a todos los procesos acumulativos, nada

indica que esa dirección sea la mejor. La simple acumulación de artefactos cada vez más eficientes, por sí misma, no dice nada sobre el sentido de la vida humana. Se plantea así el problema de la conexión del mundo de los artefactos, el resultado externo y contingente del trabajo, con el sentido de la vida humana, con lo que el trabajo deja en el corazón del hombre. Un problema que afecta a la apertura radical del trabajo humano, la que tiene que ver con el fin del hombre.

Ya los filósofos griegos se dieron cuenta de que la ciudad, expresión externa del trabajo humano, era un entramado de artefactos, y se preguntaron cual podía ser el mejor criterio para ordenarlo. Un criterio podía ser, por ejemplo, que el mejor fabricante de sillas de montar sólo podía ser juzgado por el mejor de los jinetes, y éste por el mejor de los generales, y así sucesivamente. Mediante esta concatenación pretendían llegar a un punto óptimo, un saber supremo desde el cual juzgar la correcta organización de todas las artes. Sólo desde ese supremo saber arquitectónico se podría construir la ciudad perfecta, el lugar donde se desarrollaría la vida humana acabada.

Todos los intentos de este tipo han acabado siempre en fracaso, han llegado a una verdadera aporía. La dimensión externa del trabajo, el mundo de los artefactos, es por sí mismo contingente e inacabable. Son muchas las ciudades que podría construir el hombre, y todas ellas seguirán siendo mejorables. En otras palabras, no hay manera de saber cuál es la vida humana acabada. Como ya se ha dicho anteriormente, el hombre no tiene medio, sino un fin que siempre apunta más allá. No hay ninguna articulación de medios y fines desde la que determinar el verdadero sentido del trabajo humano.

Ahora se empieza a ver cuál es el fundamento último de la apertura del trabajo. No hay nada finito y sensible que llene plenamente los anhelos del corazón humano. Como muy bien han intuido los poetas, el amor es la fuente y el destino del trabajo.

La sociedad es abierta y siempre perfectible para que todo hombre, en el tiempo y lugar, con el plexo de útiles de que disponga, pueda, con la ayuda de los demás, poner por obra las capacidades de que, por naturaleza, dispone, al tiempo que contribuye a mejorar y a servir a los otros hombres con los que convive. Cuantos más sean los hombres que puedan mejorar algún aspecto de su persona, mejor será la organización de la sociedad.

Mientras el aspecto externo del trabajo varía en cada periodo histórico, las virtudes o vicios que constituyen la dimensión subjetiva del trabajo son siempre los mismos.

## Conocimiento e información

El progresivo descubrimiento que en los últimos años se ha hecho de la verdadera naturaleza y sentido del trabajo ha llevado a muchos a insistir en la importancia del conocimiento como dimensión esencial del trabajo. Algo que puede ser muy importante para abrir un nuevo camino en el modo de entender y organizar el mundo del trabajo, pero que, por otro lado, no deja de tener su peligro.

Ese peligro podría consistir en reducir el conocimiento a información, que vendría a ser una moderna versión de la vieja confusión entre labor y trabajo. En ningún caso la información puede entenderse como una especie de substancia natural por sí misma fecunda, en cuya posesión y control estaría la clave del poder y las riquezas. Eso sería incurrir en la idea del progreso como simple acumulación, sólo que ahora en forma de continuada extensión de una red de conexiones electrónicas que permitiría transmitir a cualquier punto del pla-

neta, y en forma casi instantánea, cantidades ingentes de información. Desde este punto de vista la riqueza sigue siendo algo pasivo y excluyente: controlar y disponer de esas redes y de sus contenidos. Una vieja definición de la riqueza en la que sólo es nueva la sustitución de la labor por la información. Algo que tiende una vez más a la concentración y al monopolio y, lo que es peor, a un totalitarismo agobiante. Una manera de pensar que vuelve a la mentalidad esclavista, según la cual, la riqueza de unos pocos exige la ignorancia y la pasividad de la mayoría.

La verdadera «sociedad del conocimiento», como el pleno sentido del trabajo, no se juzgan primariamente por sus resultados externos, sino por el nivel de participación y aportación de todas las personas a la construcción de la sociedad. Sólo de ese modo se logra el fin del trabajo: hacer posible que libremente los hombres puedan llegar a ser mejores, sirviendo a los otros hombres.

El trabajo, como el conocimiento, es inclusivo por su propia naturaleza. Constituye el ámbito donde los hombres pueden darse, manifestarse a sí mismos ante los otros, poniendo a prueba sus capacidades. Por eso ha llegado el tiempo superar la vieja concepción de «dar trabajo», que de algún modo piensa que el pobre sólo dispone de la pasividad de su labor, para llegar al concepto de «extender el trabajo», que supone que todo hombre por sí mismo es la verdadera y primaria fuente de riqueza. En términos similares, no se trata de «dar información», sino de «recibir el conocimiento de todos».

Para concluir podemos decir del trabajo lo que el poeta español Pedro Salinas ponía en boca de un campesino: «entre todos lo sabemos todo», o lo que es lo mismo, «la vida es más humana cuanto más la compartimos».